

50º aniversario de la FSSPX Las tres novedades de la Fraternidad

Ofrecemos algunos extractos del Prólogo del Padre Alvaro Calderón a su obra LA NATURALEZA Y SUS CAUSAS, en el que se describen los tres grandes rasgos y remedios que Monseñor Lefebvre asignó en su Fraternidad para una cabal renovación, doctrinal y espiritual, del sacerdocio católico.

Si hubo alguien que supo llevar a cabo la hoy tan decantada «*renovación en la Tradición*» fue Monseñor Marcel Lefebvre. Pero, para verlo, hemos de prestar atención a los remedios que puso en obra un Obispo de tanta experiencia y tanta capacidad de acción al fundar su congregación.

Antes tenemos que señalar una especial característica de nuestro Fundador: eminentemente práctico, no fue propiamente un *legislador*, como otros grandes reformadores del clero y de la vida religiosa, sino un hombre *de principios*. Vivió siempre a la luz de los grandes principios dogmáticos, y en su poderosa acción supo encarnarlos en directivas muy concretas pero generales, dejando siempre un margen amplio de libre determinación a su propia actividad y a la de sus colaboradores (los Estatutos de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, redactados por el mismo Monseñor Lefebvre, son muy breves). Esto es lo propio del hombre sabio.

Por eso, si indagamos cuáles son las *novedades* que, en el espíritu de nuestro Fundador, hacen de la Fraternidad San Pío X la congregación de su sueño, nos encontraremos con unas pocas medidas concretas, cuya importancia podría pasar desapercibida si no descubriéramos el principio dogmático que las anima, y que se proyecta eficazmente sobre toda nuestra vida y acción sacerdotal. Creemos poder reducir las a tres, y ninguna es, en realidad, original de Monseñor Lefebvre.

1º El Año de Espiritualidad.

La primera es el *año de espiritualidad*. Aun cuando es tanto lo que el seminarista tiene que estudiar, y es tanta la urgencia de ordenar sacerdotes, lo cual pide reducir al mínimo los años de seminario, Monseñor Lefebvre nunca dudó en dedicar el primer año entero a una introducción a la vida espiritual, equivalente al año de noviciado en las órdenes religiosas.

El principio que anima esta norma es la primacía de la gracia, esencia de la vida cristiana y antídoto del naturalismo que hoy corroe la Iglesia. Si un miembro de la Fraternidad olvida que primero está la gracia de Dios, y que sin ella nada vale nuestra razón ni nuestra acción, está totalmente fuera del espíritu de la congregación.

2º La vida de comunidad.

La segunda novedad es la *vida de comunidad*. Monseñor Lefebvre quiso que en la Fraternidad se viviera en comunidad. Esta es una norma en la que insistió con absoluta firmeza, llegando a amonestar con severidad al Superior que, por necesidades del apostolado, dejaba sólo a algún sacerdote. Siempre han querido los mejores reformadores del clero que se viva en comunidad, pero hoy, ante la descristianización de la sociedad, se hace absolutamente necesario. *Vae soli!* «¡Ay del solo –dice el Sabio–, que si cae no tiene quién le levante!» (Ecc. 4 10).

El alma de esta regla es, podemos decir, la naturaleza misma de la Iglesia: «Porque donde hay dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mt. 18 20). La presencia de Nuestro Señor, consecuencia de la unión en la caridad, supone un complemento de virtud y de gracia indispensable para enfrentar la agresividad del mundo de hoy.

3º La Suma Teológica de Santo Tomás.

La tercera novedad que debe caracterizar a la Fraternidad San Pío X fue destacada por Monseñor Lefebvre con rara solemnidad. El nos había anunciado repetidas veces que quería redactar una especie de directorio espiritual en el que señalaría la esencia íntima de su obra, que sabíamos centrada en el santo sacrificio de la Misa. Muchas veces prometido, y siempre pospuesto por sus múltiples ocupaciones, después de las consagraciones episcopales, cuando ciertas molestias y mareos anunciaban el final, decidió tomarse tres meses de retiro para realizar lo que él consideraba la corona de su obra. En la fiesta de la Inmaculada Concepción de 1989 –moría apenas un año después, el 25 de marzo de 1991, en la fiesta de la Anunciación–, escribe las primeras líneas diciendo así:

«Si el Espíritu Santo permite que redacte estas consideraciones espirituales antes de entrar, si Dios quiere, en el seno de la Bienaventurada Trinidad, me habrá permitido realizar el sueño que me hizo entrever un día en la Catedral de Dakar: frente a la degradación progresiva del ideal sacerdotal, transmitir en toda su pureza doctrinal, y en toda su caridad misionera, el sacerdocio católico de Nuestro Señor Jesucristo, tal como lo transmitió a sus apóstoles, y tal como la Iglesia romana lo ha transmitido hasta la mitad del siglo XX.

¿Cómo realizar lo que me parecía entonces la única solución para renovar la Iglesia y la Cristiandad? Era todavía un sueño, pero en el cual me aparecía ya la necesidad, no solamente de transmitir el sacerdocio auténtico, no solamente la sana doctrina

aprobada por la Iglesia, sino el espíritu profundo e inmutable del sacerdocio católico y del espíritu cristiano ligado esencialmente a la gran oración de Nuestro Señor que expresa eternamente su sacrificio de la Cruz».

Si cualquier católico bien formado, sabiendo que la renovación de la Iglesia pasa por la restauración del sacerdocio, se interesaría por conocer lo que un obispo de las dimensiones de Monseñor Lefebvre (ya antes del problema planteado por el Concilio) estaba persuadido ser «*la única solución*» para transmitir «*el espíritu profundo e inmutable del sacerdocio católico y del espíritu cristiano*», ¿cuánto más debíamos estarlo nosotros, sus hijos, que sabemos cuán iluminado estuvo de Dios frente a la crisis que vivimos?

Recuerdo vivamente la expectativa en que estábamos a la espera de recibir este su testamento espiritual y última revelación de lo que debía ser la Fraternidad. ¿Qué fue lo que nos dejó? El pequeño escrito que él llamó «ITINERARIO ESPIRITUAL». Creo poder decir que a algunos en cierto modo los desilusionó, porque, como el mismo Monseñor Lefebvre dice al comienzo, el fin que se propuso era «*demasiado pretencioso para mis capacidades*», y lo encomienda a otros «*sacerdotes de la Fraternidad más capacitados que yo*». Pero lo que este hombre de principios nos quería dejar no era un nuevo manual de espiritualidad, sino una dirección: que la *Suma Teológica* de Santo Tomás no fuera solamente la regla doctrinal de nuestra inteligencia, sino que penetrara hasta ser la forma misma de nuestro corazón sacerdotal.

«Pasaron los años, y mis convicciones respecto al tesoro que representa la Suma Teológica no hicieron sino aumentar. ¿Acaso no es lo que enseña el magisterio constante de la Iglesia? La Suma de Santo Tomás representa el armazón de la ciencia de la fe para todo seminarista o sacerdote que quiere, según el deseo de la Iglesia, iluminar su inteligencia con la luz de la Revelación y adquirir así la sabiduría divina. Me parece, pues, en extremo deseable que estas almas sacerdotales encuentren en esta Suma no solamente la luz de la fe sino también la fuente de la santidad, de la vida de oración y de contemplación, de la oblación total y sin reserva a Dios por Nuestro Señor Jesucristo crucificado. Se prepararán así, y prepararán las almas que les son confiadas, a la vida bienaventurada en el seno de la Trinidad».

De hecho, el título completo del librito es «*Itinerario espiritual siguiendo a Santo Tomás de Aquino en su Suma teológica*».

Digámoslo de una vez. La tercera novedad que debía caracterizar la Fraternidad según el gran reformador que fue Monseñor Lefebvre, era lo que podríamos llamar **un tomismo integral**. En esto tampoco fue original. Ante el resquebrajamiento de la Cristiandad, el Concilio de Trento puso sobre el altar mayor, junto a la Biblia, la *Suma* de Santo Tomás. San Ignacio pidió que su Compañía tuviera como teólogo al Doctor Angélico (y nunca dijo que se reemplazara por ningún discípulo, por sabio que pareciera). Y los Papas, a medida que avanzaba la revolución del modernismo, han pedido cada vez con más fuerza que se recurriera al tomismo. Nuestro Fundador no ha hecho sino seguir el consejo de la Iglesia, pero con la convicción del que ha medido su eficacia en la experiencia.

La urgente necesidad de Santo Tomás responde a la desintegración que en los últimos siglos venía sufriendo el alma cristiana. El escepticismo nominalista del siglo XIV desprestigió la Escolástica y quebró la unidad de la sabiduría cristiana. La teología especulativa fue quedando como un ejercicio racional para las aulas. Con la *devotio moderna* la espiritualidad se fue abriendo camino por otras vías. La teología moral fue perdiendo su clara dependencia de los grandes principios, y frente a los problemas cada vez más complejos que le presenta la vida moderna, se fue aproximando a una simple casuística. Al tiempo, del asesinato de la metafísica, nacía la filosofía moderna, y las nuevas ciencias se oponían a la fe bajo el magisterio infalible de las matemáticas.

Pues bien, la única sabiduría capaz de reintegrar los pedazos en que había sido partida la *mens* católica es la de la *Suma Teológica* de Santo Tomás. Sólo él es capaz de proyectar la luz de la fe sobre todos los aspectos de la realidad, disipando los sofismas modernos –el humo de Satanás– en la paz de la clara verdad. Y el sacerdote es, en primer lugar, el encargado de irradiar la luz de la sabiduría divina en todos los ámbitos de la vida cristiana. Monseñor Lefebvre tuvo muy clara advertencia de esta necesidad, y quiso que en sus Seminarios no se enseñara más que a la luz de Santo Tomás. En la Fraternidad somos tomistas, al menos lo queremos ser, y en esto no hay entre nosotros la menor vacilación. Frente al «*pluralismo teológico*» que hoy impera en Roma, haciendo de ella una Torre de Babel en lugar de la Columna de la verdad que tendría que ser, el monolítico tomismo de la Fraternidad la hace muy fuerte a la hora de discutir.

Pero creo que no está de más recordar e insistir que nuestro venerado Fundador, al tiempo de despedirse de sus hijos, aun cuando ya sabía que en sus Seminarios sólo se estudiaba tomismo, creyó que le faltaba decir algo más, algo fundamental, y fue, repito, que Santo Tomás no sólo debía darnos la regla de la doctrina, sino que debía conformarnos de tal manera que llegara a ser la regla de nuestra vida.

Es evidente que, en su *Itinerario espiritual*, Monseñor Lefebvre no nos quiere ofrecer tanto una manera de hacer teología, como un enfoque «*plenamente católico*» de la verdad revelada, de la que se siga naturalmente una correcta espiritualidad. Este enfoque se da sobre todo en Santo Tomás, cuya manera de hacer teología no es una entre otras, sino la más perfecta. Por eso, lo que el *Itinerario* nos propone sin rodeos es hacer de la *Suma Teológica* nuestro libro de meditaciones. Porque, además, allí está el antídoto preciso contra los errores modernos. Contra el *antropocentrismo* tenemos la sublime contemplación del misterio de Dios de la Iª PARS. Contra el *naturalismo*, el perfecto equilibrio entre naturaleza y gracia de la IIª PARS. Y contra la *abolición de la Cruz*, la inigualable exposición del misterio de la Redención de la IIIª PARS.